



Pero, vamos a ver ¿no estamos en el año cuarto del siglo veinte? ¡Sí que lo estamos! Dígalo Benito Villanueva, el automovilista electoral, para quien no tiene ahora la bencina, díganlo los oficiales que se dedican al «juego de la guerra» como nosotros cuando eramos chiquitos, dígalo en fin, el cinematógrafo, la caza del zorro, la ley de residencia, el *modern style*, la morfina hábilmente combinada con el ajenje, el *flirt* y el *cake-walk*.

Y siendo esto así yo pregunto: ¿Por qué hemos devuelto a los tiempos en que, viviendo casi inocentes, nuestra mayor aspiración era crearnos una familia en colaboración con cualquiera señorita *bien*, para tener un hogar, y jugar a la lotería de cartones en las veladas de invierno?

Aun es tiempo, amigos míos. Volvamos al camino del progreso, y de la pavimentación por asfalto. Este es el mundo de los *vivos* y en él estamos. Pronto, muy pronto, ha de llegar el día en que Quintana suceda a las catástrofes. ¿Qué conseguimos con aquesta regresión a las edades en que se exigía que las mujeres bonitas no tuviesen nada más que un nóvio y que los hombres pomasen al arte, haciendo sin *tongo* la lucha.... greco-romana por la existencia?

Siento tener que ocuparme de un asunto que morrámente parece de más actualidad que en las carreras de caballos y que el *foot-ball*, pero que en realidad nos interesa menos. Una vez más, se plantea el problema de la moralidad administrativa. ¡Arduo y difícil de resolver, amados oyentes míos! y perdonadme si usurpo el estilo oratorio del Padre Becco.

Yo no sé, de puro envidioso a quien envidiar más! Si a los que acusan al hombrecarril de Famatina, digo, al del alambre carril, ó a este que se defiende. De una parte, me enamora, el papel de Catón, y hasta el de silabario. Me vuelve a la infancia, cuando deletreaba los siguientes sublimes conceptos. *Be-be-te e-sa ta-za-de-ti-la. Ani-ta ya la-vó la ca-mi-so-la.* De otra parte me entusiasma Civit, presentándose ante el Congreso como *Friné* ante sus jueces, dispuesto a que lo desnuden y exclamando con entereza oral y viril: «Yo quiero que se me investigue como ministro, y como hombre. En mi labor de Obras Públicas y en las labores propias de mi sexo».

¡Es la mejor contestación que se le puede dar a David, cuando dijo lo que dijo y tiró el arpa!

¡Ah! ¡Qué manera de hablar! Yo me imagino lo que hubiera podido hacer el señor Ministro, si le dan tiempo, el tiempo necesario para acompañar su discurso, como acompaña los suyos el señor Martínez, «con proyecciones luminosas».

Aunque sin ellas se ha demostrado que el Sr. Civit, no solamente es hombre de talento, sino que no es *zorro*, en el sentido gubernamental de la palabra. ¡Las Obras Públicas! ¿Quién ha podido confundirlas, ni por un momento, con las Obras de Misericordia?

Lo que hay entre bastidores en este asunto tal vez lo ignora el diputado Palacios. Lo saben los palacios, cuyas piedras mudas, como todavía no son diputados, no han de decirlo. Lo sabe Quintana. No lo ignoran los sastres. Pero Roca se sonríe.

Porque en gran síntesis, en *resumidas cuentas*, los únicos que han salido perdiendo, han sido por orden de categorías:

Los rusos y los japoneses;

Los blancos y los colorados;

Francia y el Vaticano. Todos los que venían siendo asuntos de actualidad y ya no lo son.

He leído no sé donde, y si lo sé no quiero decirlo, que el día en que quisiéramos hacer la liquidación de la verdad, acaso la encontraríamos en quiebra fraudulenta.

Bruto nos contempla desde hace dos mil seiscientos y pico de años, como en arranque lírico exclamaría Mantilla. ¡Cierto! Pero nos contempla asombrado y como diciendo al ver que no nace nadie que se le parezca:

«¿Cómo? ¿No va a haber más Brutos que yo?»

MARCOS OBREGÓN.

